

ANÁLISIS

¿PASOS EN FALSO?

Durante los años de la guerra, las diferentes corrientes, partidos y movimientos de El Salvador mantuvieron una diplomacia activa y efectiva: el gobierno buscaba solidaridad y la obtenía de sus aliados naturales; la guerrilla hacía lo propio, con igual éxito. Ahora las cosas no son tan fáciles.

RAFAEL MENJÍVAR OCHOA

Entonces había una ventaja para ambos: los diferentes gobiernos y sectores con los que conversaban y negociaban tenían posiciones claras sobre el conflicto social en nuestro país –ideológicas, políticas, de principios–, y con base en ellas recibían o rechazaban a los diplomáticos y actuaban en consecuencia. Sin embargo, el inicio de la posguerra –a veces es arriesgado hablar de paz– hizo de la diplomacia un asunto más de protocolo que de negociación o convencimiento.

De entrada, sobre todo en los primeros noventa, hubo solidaridad desde todo el mundo y las soluciones llegaban incluso antes de que se plantearan los problemas. Todos querían tener algo que ver con el proceso de reconciliación, reconstrucción e institucionalización de El Salvador; todos le apostaron a las nuevas perspectivas que se abrían tras de una década de fratricidio y destrucción. Pero a nueve años de firmados los acuerdos de paz las cosas han dejado de ser tan fáciles, y El Salvador se ve obligado a tratar con el mundo exterior de un modo que nunca había encarado. Si hacen falta ayuda, acuerdos y buenas condiciones de intercambio, hay que generarlos, negociarlos y, sobre todo, respetarlos.

Una diplomacia que ya no se base en la solidaridad con ideas o en las catástrofes naturales y humanas es fundamental ahora para que el país se desarrolle, y el presidente Francisco Flores ha comenzado a moverse en el mundo con audacia y con algunos resultados.

LOGROS Y TORPEZAS

Hay logros que los observadores de este fenómeno podrán cuestionar o alabar por motivos ideológicos, como el hecho de que George W. Bush prácticamente lo haya convertido en su pieza clave para el área centroamericana, o las promesas de un acuerdo de libre comercio; hay medidas que pueden parecer torpes o inexpertas, como cerrar ciertas puertas para abrir otras (reconocer a Taiwán, pero no a China; mantener una embajada en Jerusalén y no en Tel Aviv, en contra de los mandatos de la ONU) o jugar a un innecesario jue-



FOTO: EDH/MAURICIO CASTRO

go doble (enfrentarse con Fidel Castro pero aceptar su ayuda, y no agradecerla como se agradece a los otros gobiernos), pero el método de prueba y error es el único posible cuando no hay experiencia y cuando se transita por veredas poco exploradas.

El problema real es que no existe

dentro del país una realidad que respalde y estimule la diplomacia. No se trata sólo de que el Presidente y algunos negociadores obtengan resultados en el exterior, sino también de que el sistema sea capaz de asumirlos.

Uno de los ejemplos más recientes es el intento de expulsar a los mi-

litares venezolanos que participan en la reconstrucción de Comasagua. Con razones o no, el modo en que se manejó, con extrema torpeza y prepotencia y como parte de enfrentamientos políticos internos más que de realidades, puede hacer que quienes ayudan a El Salvador en sus constantes crisis y desastres limiten su apoyo para evitarse la vergüenza de pasar por algo parecido. No está de más mencionar que la humillación a uno de los países más poderosos de América Latina puede resultar poco sana, así sea por las alianzas de Venezuela dentro y fuera del continente y la influencia diplomática que pudiera generar en la visión hacia El Salvador.

EL OLOR DEL ABONO

Otra torpeza grave fue las recriminaciones contra España por la ayuda en efectivo que otorgó al FMLN después del terremoto de enero. Lo que debe importarse es que la ayuda llegue y que sirva para lo que debe servir; a Madrid le tiene sin cuidado a quién entrega el dinero si se invierte adecuadamente. Y es allí donde se ve que no hay una estructura capaz de apoyar a la diplomacia: los intereses de sectores, de partidos, de individuos, son capaces de poner en entredicho la buena voluntad de aliados y amigos y dar bofetadas no sólo innecesarias, sino también injustas.

Con el robo de miles de sacos de abono donados por Japón se confirma lo anterior. No es sólo el robo, que ya huele bastante mal, sino también el cumplimiento de las condiciones en las que el producto fue donado, y que El Salvador aceptó: la posibilidad de venderlo a ciertos precios, en ciertas condiciones y para ciertos fines.

También debe revisarse la tendencia de la Asamblea a destinar las donaciones o el producto de compromisos para fines diferentes a los originales, y la de los partidos de obtener réditos políticos con recursos que tienen fines más importantes. Sin ello de poco servirán los intentos de El Salvador de hacerse presente en un mundo en el que se puede obtener mucho, pero donde un paso en falso puede hacer que se pierda todo, y a veces más.